

José Ramón Enríquez



ace casi treinta años, Roland Barthes retaba a los críticos "antiguos" con su breve cuanto enjundioso texto *Crítica y verdad*. Era febrero del 66, ya a finales de un invierno que habría de dar lugar a una primavera florida, a un verano bastante caliente y a un otoño sangriento, dos años después, en el 68 de hace cinco lustros. Un cambio de raíces moral, teórico, político, que tuvo a la juventud mundial como su protagonista y que hoy, para muchos publicistas del actual *status quo*, parece no significar más que una cierta nostalgia *naïf* sin incidencia real en la historia de nuestro fin de milenio.

Si traigo a esta mesa de discusión a Roland Barthes y su *Crítica y verdad* es, en primer término, porque yo no coincido con quienes ven aquellos años vitales y aquellas elaboraciones heterodoxas como una raya que se dibujó en el agua; para mí, aquellos planteamientos y, sobre todo, aquellas actitudes siguen impugnando el orden establecido y siguen exigiendo un análisis serio que permita integrarlas en el hoy, al superarlas o decantarlas o comprobarlas, pero que impida reducirlas a la trivialidad de lo anecdótico.

Pero no sólo evoco a Barthes por esa manía personal y argentinamente celebratoria de revisar el 68 a la menor provocación, como si el hacerlo me afirmara a mí mismo en cuanto producto típico, para bien y para mal, de aquellas olas. Lo traigo porque el mismo título del seminario que nos convoca me lo ha puesto en la punta de la lengua: *Las armas de la crítica*. Un título que, en sí mismo, demuestra que hemos tomado partido: puesto que estamos aquí para hablar de nuestras armas, somos beligerantes.

Si somos beligerantes, sobra decir que está excluida de entre nosotros esa noción de la crítica teatral como crónica de sociales -por cierto, mucho más comúnmente ejercida de lo que quisiéramos- pero no sobra preguntarnos contra quién afilamos nuestras armas o en defensa de quién nos hemos reunido aquí para velarlas...

¿Realistas a ultranza descalificamos las expresiones de un sueño aparentemente invertebrado o, vanguardistas militantes, despreciamos las denuncias concretas de lo real...? ¿Es el texto nuestro enemigo irreconciliable o, por el contrario, paladines del texto, luchamos contra la puesta irrespetuosa...? ¿El villano es el escenógrafo o el actor o el mayordomo..., o, por el contrario, el villano está entre el público que cabecea delante de las propuestas o las asume entusiasmado...? ¿O el único enemigo es el editor de nuestros *mass media*..., o no hay enemigo alguno y hablar de nuestras armas es pura y simple retórica...?

Para intentar respuestas a éstas y otras preguntas mucho más inteligentes, yo iría más atrás, y por eso me he arriesgado a traer a la mesa de discusiones la actitud ejemplar de Roland Barthes. Yo me preguntaría contra quién lucharon Barthes y otros paladines en aquellos años que a muchos nos formaron, y me respondería, sin dudar, y como punto de partida: en contra de la ortodoxia..., simple y sencillamente en contra de cualquier ortodoxia, por segura y entrañable que pudiera resultar.

Eso es, en realidad, la "antigua" crítica contra la cual Barthes rompe sus lanzas; un entramado de ortodoxias -palabra que no usa Barthes pero que a mí me acomoda estupendamente- que "al nivel de la comunidad cultural, dispone de un público, reina en las páginas literarias de algunos grandes diarios y se mueve en el interior de una lógica intelectual que no permite contradecir lo que proviene de la tradición, de los Sabios, de la opinión corriente..."

Pero no quiero perderme aquí en el intrincado pensamiento barthiano y exhibir mis limitaciones teóricas, puesto que muchos, entre los presentes, han viajado más sabiamente que yo por esos recovecos intelectuales tan endiabladamente franceses y son capaces de explicarnos, en



la multiplicidad de sus facetas, a los que partimos de una cultura hispanoamericana mucho más gruesa en sus trazos filosóficos.

